

La

noche

del



terror





Esta es la revista del Narval.

**Un proyecto para compartir, para crear y para
inspirarnos entre todos.**

Hoy nos espera la sangre, el pánico y el asco.

¿Zarpamos?

Índice

<i>Marimbé</i> , por Marcela Azua	4
<i>La unión</i> , por Nayarit Belén Dudar	7
<i>La bestia</i> , por Oscar Villamediana	14
<i>La Trompeta de Dalia</i> , por Sabrina Gómez Alegre	24
<i>Huésped</i> , por “K”	34

Marimbé,

por Marcela Azua.



Salió de las entrañas mismas de un desconocido suburbio bonaerense. María Inmaculada Labelle escudriñó el horizonte y emergió a borbotones de su escondite de piedra y musgo. Su mitad bestia la guiaba al exterior de la cueva maloliente que la protegía de los perfumes hedonistas e inescrupulosos de la ciudad que, con sus luces y colores, la había encandilado más de una vez. Ya se había acostumbrado al socavón oscuro y mugroso que la privaba de pompas, pero le aseguraba cobijo y lucidez. Le costaba salir, pero sabía que le quedaba solo una oportunidad. Se miró al espejo. Le habían salido manchas violáceas en la nariz y su pelo engrasado y escaso le daba un aspecto sombrío. Siete verrugas le habían salido una a una sobre su piel ajada y olvidada. Cada una con un pelo blanco y enroscado en su centro. La que tenía en la frente era la más impresionante. Pensó que no la reconocerían.

La mitad bestia de María Inmaculada se calzó las bragas de encaje y salió a hurgar en vertederos ajenos y promiscuos. Visitó tugurios oscuros y hediondos sin otra intención que saciar su hambre de insolencia. Sus manos de dedos largos y venosos removían las más densas telarañas de los ojos de sus víctimas, que solo atinaban a agradecer el sexo gratis con besos obscenos y prosaicos. Ella solo quería que la vieran, más allá de sus entuertos, de sus brutas fantasías. Ella quería que olfatearan sus osados pensamientos, que supieran de sus artes y artilugios, que la palparan en el nombre del padre, de la madre y de las viles escrituras.

La mitad mujer cada mañana miraba por la ventana de vidrio repartido de la casa que había sido de sus padres. Sabía que algún día ella volvería. Ese viernes se puso, como siempre, su bombacha almidonada y la esperó pacientemente en el hueco impoluto de su almohada, en el espejo sin manchas del pasillo, en el impecable jarrón de la cocina, en la sonrisa enmarcada de su infancia. Encontró la aguja de tejer de su abuela que, torcida y manchada, se asomaba por un ovillo de lana que adornaba el canasto de mimbre de la sala. Se puso a tramar historias de cicatrices y suturas y a enlazar la urdimbre de su pobre historia.

La mitad bestia entró a la casa con su llave oxidada y grasosa. Se cruzaron en el pasillo, se miraron con desdén, se tocaron los pliegues, las arrugas y las mañas. La mitad mujer blandió la aguja, se aferró a sus cicatrices y atacó. La mitad bestia se defendió con las palabras más soeces, las más desorbitadas. Vomitó su lujuria y sus espasmos. La mitad mujer embistió con una letanía de supremos credos y falacias, y cuando notó que se le cerraba la garganta, que ya no podía decir puta sin querer serlo también, buscó clavar la aguja de tejer en el corazón de la mitad bestia que la miraba con incrédulo talante. Nunca la había visto así, tan vehemente, tan asustada, tan violenta.

La mitad bestia la abrazó. Se ovillaron, se moldearon, se volvieron a mirar. Manosearon juntas sus angustias, pellizcaron con fuerza sus pezones, acariciaron cada poro y cada pelo, escarbaron sus zonas más australes, friccionaron sus salientes, sus entrantes, sus ponientes. Gimieron cada pena, cada falta, cada minusválida atención. Acabaron satisfechas, reparadas. Listas para históricas batallas.

Así nació Marimbé.

Marcela Azua

Profesora de inglés jubilada. Escritora a medias tintas. Enamorada y feliz. Viajera empedernida. Orgullosa madre y abuela.

La unión,

por Nayarit Belén Dudar.



A Roma le habían enseñado toda su vida que la mujer está para servir al hombre. Nunca se animó a discutirle esa idea a sus padres. Se arrepintió de no contradecirlos, ahora estaban muertos y ella una vez por mes le llevaba una rosa a sus tumbas.

Roma estaba un poco disgustada con ellos, pero más con ella misma, que estaba viviendo la vida que detestaba. Ahora se encontraba casada con Omar, un hombre de 35 años que tenía un empleo de secretario en una oficina. Lo que más le gustaba de él era cuando se tenía que ir al trabajo. De esa manera, ella se dedicaba única y exclusivamente a teclear en su computadora y escribir cuentos de terror. Caso contrario, limpiaba la ropa, cocinaba y se dedicaba al hogar. Refunfuñaba silenciosamente.

Cierta tarde, Omar volvió de su oficina y se encontró con su esposa frente a la pantalla de la computadora. La casa estaba hecha un desastre, la comida no se encontraba en la mesa y el olor a guardado contaminaba la sala. Él pegó el grito en el cielo y comenzó a decirle a Roma palabras hirientes. Se metió con su escritura diciéndole cosas como “para qué escribís, si nunca vas a convertirte en una escritora conocida” “por qué no podés ser una mujer normal, que se dedica al marido” “yo vengo de trabajar, te mantengo y encima tengo que aceptar esta payasada” “soy bueno, sino te rompería la computadora”. No salió palabra alguna de la boca de Roma. Quiso insultarlo, pero su sumisión le hizo agachar la cabeza.

Roma se puso nerviosa y lloraba. Él creía que lo hacía porque le dio a entender que era una mala esposa, pero en realidad ella lloraba porque ese día no iba a poder seguir con su único vicio, la escritura. En una hora y media completó su labor como buena ama de casa y cenaron juntos. Omar masticaba con apuro la comida mientras que ella lo miraba despreciablemente. Él comenzó a hablar con la boca llena escupiendo pedacitos de la carne. -“Mañana nos vamos con el equipo de mi trabajo a un camping, supongo que vengo a la noche, pero no lo sé, yo te mando un mensaje” dijo Omar. Ella asintió con la cabeza. Sintió un alivio profundo y esperanzador. Se dio cuenta que iba a poder estar todo el día con su

cuento. Contenta se puso a lavar los platos mientras él se preparaba para dormir. Al día siguiente, se levantó, le preparó los mates a Omar y observaba por la ventana su salida de la casa. Ella, automáticamente, comenzó a escribir. El único sonido que se escuchaba era el tic tic tic de su computadora.

Liri contempla el árbol que apareció en su casa. El día anterior era todo un patio desierto, con hojitas secas y algunas piedras. Ahora, tiene un árbol. No recuerda haber plantado alguna semilla, pero, aun así, es imposible que naciera con semejante rapidez. El árbol tiene unas raíces que tocan la puerta de la casa, como si quisiera meterse. El tronco es sumamente fuerte. Liri intentó sacarle algunas capas para comprobar si era un árbol real y si, definitivamente lo era, el más duro de todos los árboles que había visto en su vida. Y de los brazos del tronco había pequeños arbustos que daban ternura.

Ella se lo quedó, ahora era suyo, de todas maneras, no iba a poder sacarlo, no había cómo. Era como si tuviera que estar ahí, por alguna razón o misión. Pronto se enteraría de su destino.

Roma se levantó, se preparó unos mates amargos y siguió escribiendo. Afuera el sol abrazaba con fervor la ciudad. Las pisoteadas de los niños del barrio se escuchaban como eco. Adentro estaba ella, sentada, impregnada en su arte.

Liri comenzó a regarlo y vio el árbol arder. Quiso apagar el fuego con más agua, pero mientras más echaba a las raíces, más fuego invadía. "Qué raro" pensó, "a pesar del fuego, el árbol sigue intacto". No había cenizas ni olor a quemado. Solo Liri, una jarra de agua que ya no le servía para nada y un árbol completamente mágico.

Entró y se metió a la computadora a buscar por internet, pero ni siquiera sabía qué buscar, nunca le había pasado algo tan extraño. En su buscador escribió: "árbol mágico apareció en mi casa" pero solo aparecían noticias de fenómenos como duendes, piedras mágicas y hasta incluso ovnis. Ella sabía que no se trataba de ningún fenómeno paranormal así que siguió su búsqueda. Esta vez

escribió: “árbol de fuego” y vio información que parecía ser apropiada para tal situación. Abrió una página llamada wicca.com y comenzó a leer. Allí aparecían palabras clave como: bruja, semilla, hombre, muerto, cadáver, sacrificio, final. Siguió deslizando y se encontró con una indicación que decía “en estos casos, es necesario recoger un pedacito del tronco, molerlo bien y tomárselo con agua. Debe saber que este ritual logrará que su deseo más profundo salga a la luz”. Liri se quedó pensando unos minutos. No sabía si tomárselo como chiste o, por el contrario, ser precavida. “¡A estas alturas no tengo nada que perder!” se dijo a sí misma. Abrió el cajón de la cocina, tomó un cuchillo afilado y se dirigió al patio. Luego de molerlo lo introdujo en el agua. Atinó a llevárselo a la boca, pero del vaso salía olor a podrido. Se tapó la nariz y lo tomó con rapidez.

Pensó unos minutos. Se arrepintió y fue corriendo al baño. Se metió los dedos en la boca, pero no logró expulsar nada. Apagó rápidamente la computadora. Tenía en la casa algo que parecía oscuro entonces prefirió cerrar la puerta del patio y no volver a salir. Pensó en que, tal vez, si por arte de magia había aparecido, tal vez desaparecería igual. En toda la tarde no salió al patio. Miraba por la ventana, pero el árbol seguía allí. Se acostó a dormir una siesta. Cuando se levante volvería a mirar. “Puede que me esté volviendo loca” pensó. Durmió plácidamente. Adentro reinaba el silencio. Afuera, las madres de unos niños tomaban mate mientras que cuidaban de ellos.

Roma se vio obligada a detenerse con su cuento. Comenzó a olfatear con su nariz como hacen los perros. Algo se estaba prendiendo fuego en su casa. Salió corriendo a la cocina, tal vez había dejado la hornalla prendida, pero no. Comenzó a buscar en toda la casa, en los enchufes, la habitación, el baño, pero no encontró fuego por ningún lado. El olor era tan fuerte que tuvo que salir a la calle a respirar aire puro. Luego de unos minutos volvió a entrar para tomar un poco de agua, tenía la garganta seca de respirar humeante de quién sabe qué. Volvió a oler y el olor había desaparecido. Por las dudas apagó el gas y siguió con la escritura. El sol de a poquito iba destapando a la ciudad y en la casa solo era el

rostro de Roma que brillaba por la pantalla de la computadora. De pronto, hubo silencio. El tic tic tic del teclado ya no se escuchaba. Solo estaba ella con los ojos abiertos, como si hubiera descubierto algo. Pensó en su historia, en Liri y el árbol. ¿Qué tal si de verdad había algo que solucionara su vida? ¿Qué pasaría si realmente existiera un ritual que logre los deseos más profundos? Su pie derecho comenzó a moverse, dando pequeños saltitos de ansiedad y fervor. Con brutalidad se levantó de su silla, tomó un cuchillo y fue corriendo hacia la entrada de su casa. Allí había madres y niños que todavía disfrutaban lo que quedaba del día. Se agachó y cortó un pedacito de tronco. Lo molió, lo introdujo en el agua y se lo tomó. Esperó unos minutos. Empezó a caminar de un lado para el otro esperando el resultado. Y nada, no pasó nada. “¡Qué absurdo!” pensó hacia sus adentros. “Esto es solo ficción” y retomó nuevamente la escritura.

Liri despertó de un sobresalto. Escuchó el ruido de una puerta. Creyó que alguien había entrado a robar. Fue a mirar las habitaciones, pero no había nadie. Se acordó del árbol y salió al patio. Seguía allí, intacto, pero se dio cuenta de algo. El árbol ahora estaba roto en el tronco. Detenidamente lo observaba sin tocarlo, por miedo, y vio un pequeño detalle. En la parte derecha el tronco estaba doblado, como las esquinas de las hojas de papel. “¡Es absurdo!” pensó, un tronco no puede doblarse, así como si nada, y menos ese tronco que era sumamente duro y estático. Con sus dedos agarró esa parte del tronco, que todavía estaba caliente por el fuego y despacio comenzó a arrancarlo, como si fuera una puerta abriéndose. Y entró. Liri entró como hacen los amigos de toda la vida, cuando te abren la puerta de la heladera, sin precaución, sin pedir permiso. Su boca despedía vaho y los pelitos de su cuerpo se levantaban a cada paso lento que Liri realizaba. El camino era oscuro, pero ella se resistía al miedo. De pronto, una puerta verde. Liri levanta su brazo izquierdo y comienza a empujarla, con fuerzas, con ganas.

El viento sacudía las cortinas de la ventana. Roma miró hacia afuera y vio el cielo anaranjado. Comenzó a llover y una fuerte brisa abrió la puerta que estaba sin llaves. La cerró con fuerza porque el viento era intenso. Prendió la tv. Las noticias daban alerta roja por fuertes tormentas. Recordó al idiota de su marido y agarró su móvil. No había ningún mensaje de él. Volvió a la silla de la computadora y Omar entró a la casa. Fijamente se miraron. Él, porque no tenía lista la comida y ella porque se había olvidado. Comenzó a gritar, enfurecido, con la peor de las violencias. Le recriminaba sus tareas como esposa. De pronto, se cortó la luz. El viento había roto un cable de la calle. Las madres y los niños ya no disfrutaban del día, ahora se resguardaban del temporal. En esos hogares probablemente reinaba la paz. En la casa de Roma sólo había tensión y miedo. Omar comenzó a gritar, enfurecido. Estaba claro que Roma no había tenido tiempo para hacer las tareas del hogar. Prendió un pequeño velador que estaba guardado en un pequeño armario de la cocina y lo dejó sobre la mesa. Él comenzó a mirarla con desprecio, con asco. Ella se quedó en silencio escuchando el rechinar de los dientes de Omar. El primer puño se lo dio en el ojo, luego vino el segundo y así sucesivamente. Roma quedó tirada en el piso, con las manos sobre su rostro intentando protegerse. Logró levantarse, pero una patada la empujó hacia la mesa. La luz del velador cayó, iluminando la puerta.

Liri logró abrir la puerta verde. Todo estaba oscuro excepto una pequeña luz que enceguecía sus ojos. Levantó sus brazos para proteger su vista. De pronto, vio a un hombre golpeando a una mujer. Liri se asustó y salió de allí. Pensó en que si echaba agua la escena violenta se prendería fuego y dejaría de existir. El árbol comenzó a arder y un fuerte humo salía de las raíces.

La luna llena se posaba sobre sus cabezas. La sangre de los golpes resbalaba por el cuerpo de Roma, pero más fuerte era el otro, el cuerpo, quemado. Era la primera vez que Roma se sentía a salvo. Recordaba a sus padres y en lo sumisa que la habían convertido. Le hubiera encantado demostrarles que todo lo que le

habían enseñado ella ya no lo acataba. Le hubiera encantado, por sobre todas las cosas, mostrarles que ella era rebelde, mucho más fuerte.

La bruja había realizado su trabajo. El sacrificio ya estaba completo. Convirtió el agua en fuego y quemó la basura. Roma, por fin se quitó la represión de encima. Ya no había más Omar. Ahora en la casa habitaba el amor, del bueno, del sano. Ahora era, únicamente, Roma. El rojo del cielo fue dispersándose de a poco hasta que quedó todo despejado. Ahora sí comenzaba a salir el sol y esta vez Roma iba a disfrutarlo. Solo le quedaba una tarea. Esconder el cuerpo.

Nayarit Belén Dudar

Tiene 27 años. Actualmente vive en Berisso. Es profesora de Prácticas del Lenguaje y Literatura. Su abuela y madre le inculcaron de pequeña el amor por la lectura.

Su frase motivadora es: la palabra salva

La Bestia,

por Oscar Villamediana.



Los veranos son amados por muchos y odiados por otros. Por lo general las personas que aman el verano son los que lo disfrutan en grandes y cristalinas piletas en el jardín de su hogar, o pueden darse el lujo de viajar a alguna playa o tienen acciones en algún club vacacional. Estas personas disfrutan del sol radiante y de las altas temperaturas que puede brindar la temporada veraniega con un cóctel y embadurnados de protector solar. Para otros la historia es distinta, ya que no pueden tener dichos gustos y solo pueden conformarse con una visita a la regadera.

Jorge era totalmente distinto. No era de esa clase social que podía tener el poder adquisitivo para darse ciertos lujos y menos tener una pileta en su hogar. Para empezar, vivía en una renta, y trabajaba en un colegio como guardia de seguridad, así que las posibilidades de ir a un club vacacional como accionista tampoco era una opción existente. Pero aún con todas estas adversidades, Jorge disfrutaba del verano por varios motivos. Una de ellas y la más importante era no tener que seguir aguantándose a los mocosos con las cuales convivía en el transcurso del periodo escolar. Mocosos sin ninguna pizca de respeto por los mayores ni por ellos mismos. Eran engendros peores que los que tuvo que enfrentarse en batalla cuando prestó servicio militar y que aun así, a su regreso, le pagaron con un puesto de vigilante y ningún tipo de indemnización por el tiempo gastado en batalla.

Mientras esperaba sentado en la garita que se encontraba en la entrada del colegio, Jorge ansiaba el final del día, ya que era el último día de clases y empezaban las vacaciones. Sabía muy bien que ese caluroso año por fin finalizaría y emprendería su viaje al bosque para una hermosa temporada de cacería. Por fin saciaría sus deseos de disparar su amada Remington calibre treinta.

El calor inclemente, el ruido del pequeño ventilador que estaba en la garita, desplazándose de un lado al otro, y al escuchar al fondo las risas y charlas de los mocosos en clases, generó en su mente visiones oníricas, mientras se encontraba en la frontera de la realidad y el sueño. Podía observar desde la maleza a un hermoso ciervo, apuntándole con el arma, bajaba y levantaba la cabeza tras la mirilla de su Remington al pastar. Sintió el placer del poder en sus manos, la sensación de terminar con una vida y poder ingerir su carne.

Sintiéndose todopoderoso fue que apretó el gatillo. No escucho ningún disparo, solo sintió la sensación de satisfacción por haber dado con el animal. De pronto se encontró parado frente a lo que había disparado. Ese ciervo que pastaba tras la mirilla estaba tirado en el pasto y pasó a ser Carlos, el más idiota de todos los alumnos que todos los días lo molestaba. Por alguna razón, la sensación de caza seguía siendo la misma. Luego escucho un golpe seco. Todo el lugar se convirtió en el campo de batalla, donde se encontraba, y a su lado vio a su camarada Hernández, gritando su nombre; Jorge, Jorge.

Al escuchar otro estruendo se sobresaltó, y observando por ambos lados noto que seguía en la garita. Pero en la ventanilla del frente se encontraba la directora Rodríguez, llamándolo:

- ¡Jorge! ¡Jorge! - decía mientras tocaba con insistencia.

- Las clases ya están terminando. Por favor, ¿podrías salir y abrir el portón de entrada? - Dijo mientras observaba con reproche.

- Si, ahora mismo lo hago, señora Rodríguez - Dijo consternado y pensativo sobre su sueño mientras se espabilaba.

El bosque era el lugar preferido de Jorge. Podía sentirse como pez en el agua o, mejor dicho, como una fiera en su habitat. En las noches era perfecto para la cacería, debido a que su distribución geográfica ayudaba a estar apartado de las grandes ciudades y así todo se mantenía oscuro y podría observarse con facilidad

las estrellas. El único vestigio de vida no era más que la que se encontraba en el mismo. Jabalíes, ciervos, pumas, roedores, grandes aves de rapiña y hasta una que otras que servían de alimentos que también se encontraban en este lugar, pero ningún humano cerca.

Cuando había días lluviosos, que eran ocasionales, por lo general una parte del bosque se inundaba y al parecer se convertía en un pantano, transformándose en una gigantesca trampa para cualquier ser viviente que no conozca los peligros de la zona. La parte más densa de este bosque se encontraba a unos cincuenta kilómetros de distancia de cualquier vestigio de civilización. Aun así, se atrevieron a construir para este verano un campamento vacacional a las fronteras con el bosque, peligrando la integridad de éste con cada construcción nueva que realizan para satisfacer las necesidades lucrativas de algunos.

Este verano, justo en la entrada del bosque, crearon un gran campamento vacacional donde muchos niños y adolescentes pasarían gran parte de la estación por los alrededores, haciendo fogatas, caminatas, tirando basura, gritando y contaminando con su presencia.

El bosque al que Jorge tanto le gusta adentrarse también sufría los embates que el mismo vivía en carne propia todo el año escolar. Pero esta vez será distinto. Esta vez no será el colegio, no será su ambiente ni su territorio. Esta vez es el territorio de Jorge, que observa parado desde un risco tupido por los árboles, en la cercanía del campamento, con asombro y odio, cómo lo siguieron hasta su lugar de paz y satisfacción. Un recuerdo pasó por su mente. El recuerdo de un sueño en el último día de clases.

Tres largos y amarillos buses llegaban por fin a su destino que era el campamento. Muy parecidos a los del transporte escolar, se podría llegar a intuir que el mismo campamento había solicitado un préstamo a alguna escuela para hacer el servicio de traslado a sus instalaciones. La emoción se podría palpar en el ambiente. Todos los niños y jóvenes estaban emocionados y expectantes sobre

todas las actividades y experiencias que podrían llegar a tener en las nuevas instalaciones vacacionales cerca del bosque.

No existían otras instalaciones tan cerca de los límites del mismo, por ende, el campamento tenía su propia planta eléctrica rudimentaria, solo para surtir 3 grandes cabañas distribuidas en triángulos, donde la estructura central y más grande consistía de las oficinas administrativas y logísticas. En el fondo, ya adentrándose un poco más en el fondo del bosque, casi desapareciendo entre los árboles, se encontraba una alta torre que surtía de agua a todo el campamento. Las otras dos estructuras servían de salas de reuniones y dormitorios.

Se bajaban de a fila india mientras que en el portón los esperaba el guía, un hombre alto de lentes tipo piloto, pero de aumento en vez de ahumados, como esas películas donde el protagonista rudo podría hacer alarde de sus grandes lentes de lujo, cosa que le daba un toque cómico y serio al mismo tiempo.

- ¡Hola a todos, chicos! Espero que este bien y emocionados, como lo estamos todo el personal del nuevo campamento Richmond. - Dijo de manera alegre mientras se acercaba a los buses.

- Mi nombre es Oscar. Soy el guía y guardia de seguridad de las instalaciones, así que pueden preguntarme todas las dudas que tengan. El día de hoy vamos a mostrarles dónde nos vamos a quedar, todos los dormitorios y demás espacios con las que cuentan para que puedan disfrutar sus verano -

Luego de presentarse y conocer los nombres de todos los jóvenes, Oscar procedió a mostrarle las instalaciones a todos ellos y presentarles al personal. Posteriormente les indicó cuales eran los reglamentos del campamento y todas las actividades que podrían llegar a disfrutar dentro del mismo.

Entre los niños y adolescente se encontraba Carlos, un joven de la escuela Dr. Alejandro Carbó. Se encontraba expectante ante la visita. El tener que quedarse casi por tres meses en un campamento sin la observación de los padres era algo nuevo y liberador para él. Se sentía muy esperanzado sobre nuevas travesuras

que pudiera llegar a hacer para poder divertirse. Por lo general Carlos, a pesar de tener una actitud rebelde y tremenda, casi siempre estaba solo. Solo tenía un amigo: Luis. Él también había ido con al campamento, pero y aunque estaba a su lado, también tenía otros amigos con los cuales compartía. Así que para Carlos el compartir con Luis era un poco difícil, ya que los amigos de Luis no eran del todo amigos de Carlos. El final del día se acercaba y en el fondo se podía observar unos nubarrones en el cielo que alertaban a tormentas.

Carlos ya para ese momento quería conocer por sus propios medios los alrededores del campamento y saber si podía tener la posibilidad de pasar las rejillas del mismo para poder pasar al bosque, cosa que logró muy fácilmente. Ya se había apartado lo suficiente como para que no supieran donde estaba y pudiera ya ir planeando cual sería su puesto de control durante todo el verano.

“Genial, nuestro primer día y se nos daña la diversión con una tormenta.” Pensó Carlos mientras observaba el cielo.

Mientras observaba el cielo, su mirada bajó hacia el bosque y sintió la ligera impresión que lo estaban observando. Sintió un poco de miedo, como si desde un principio algo en su mente le decía que algo no estaba bien y que tenía que huir. En ese momento, cuando se adentraba en sus pensamientos tratando de conseguir la lógica de la situación, observó que entre las malezas que rodeaban los árboles había una forma humanoide que lo observaba. Se sobresaltó y dio unos pasos hacia atrás. La forma extraña desapareció entre las malezas de una manera tan rápida que Carlos no logró divisar si era una persona, un animal o si era su imaginación.

Carlos caminó hacia el campamento de forma rápida y nerviosa, sin querer observar hacia atrás. Solo quería ir llegar lo más rápido posible al campamento, percatándose que al parecer se había apartado demasiado y ahora deseaba haber podido tener el poder de la teletransportación. De repente se sintió en verdadera amenaza. Quiso correr, pero justo en ese momento escuchó una voz ronca y

gutural diciéndole;

- Hola. -

Al voltearse para observar la cosa que estaba detrás de él, logró ver unos ojos negros con una mirada desorbitada. Luego sintió en el lado izquierdo de su cabeza un corrientazo tan fuerte que le causo un dolor intenso. Por un momento sintió que sus ojos saldrían de sus órbitas. Quiso gritar o mover sus extremidades, pero él parecía haberse apagado. No hubo más reacción, todo oscureció.

Poco a poco se hacía visible una imagen que surgía de la oscuridad, pero había algo raro, algo extraño en esa imagen. Se dio cuenta, según lo que estaba observando, que estaban de cabeza. Trató de enderezarse para poder tener una posición más firme, pero sintió un intenso dolor en el rostro, como si estuviese sumergido a muchos metros debajo del agua y la presión aplastara su rostro. Quiso tocársela, pero sus brazos se encontraban atados con una cuerda, dejando solo una separación de unos treinta centímetros entre ambas manos que colgaban por encima de él. Sus muñecas se encontraban totalmente envueltas por una gran cantidad de cinta adhesiva que no le permitía mover ni un solo dedo. El golpe que tenía en su cabeza goteaba sangre y caía a un charco justo debajo de él, desapareciendo entre la oscuridad del agua. Al parecer se encontraba en un pantanal. También se percató que el árbol al cual estaba guindado era alto y robusto, lo suficiente para soportar su peso y parecía que llevaba años creciendo en esa zona.

Miraba a ambos lados para poder divisar el campamento, pero solo veía árboles y agua en lugar de suelo. Al parecer habían pasado horas desde su desmayo, ya que estaba empapado y a lo lejos se podía escuchar algunos truenos amenazando con otra posible lluvia. Sintió pavor y ganas de llorar. Quiso gritar, pero para su horror se encontraba amordazado. El miedo y la confusión no le hizo darse cuenta del todo de la situación en la que se encontraba.

- Hasta que por fin decides despertar - Carlos escuchó estas palabras, que salían desde el otro lado del árbol donde estaba colgado.

- Por tu actitud llegué a pensar que podrías dar más batalla. Nunca me imaginé que fueras tan endeble. - Dijo Jorge mientras caminaba para ponerse al frente de Carlos.

Cargaba unas largas botas de plástico, que estaban sumergidas hasta la mitad en el agua y su ropa tenía un estilo militar. Caminaba con dificultad, con cada pisada, al parecer, se hundía en el charco.

- ¡Hola Carlitos! ¿Cómo te encuentras, pequeña ratita? ¿Soñé contigo, sabes? Pero ojo, no te asustes, no son de esos sueños que podrían llegar a decirse que son sueños húmedos. No soy de esos patéticos, miserables y fracasados acosadores que persiguen niños o niñas de las escuelas para secuestrarlos y poder satisfacer todos sus deseos carnales. No, no, para nada de eso Carlos. - Dijo mientras observaba con satisfacción a Carlos.

Carlos no podía creer lo que estaba sucediendo, no conocía a esa persona y lloraba preguntándose en su interior: ¿Qué había hecho para estar ahí?

- Mira pedazo de basurita infrahumana. Quizás no te acuerdas de mí porque tu actitud de idiota no te da para pensar o analizar a las personas que tratas en tu día a día. Pero te diré que me has hinchado las pelotas todos los miserables días de esa porquería de trabajo que tengo al cual le llamas secundaria -Dijo mientras se agachaba para verle el rostro de cerca.

Tanto que hasta soñé contigo, fue algo lindo en realidad. Como podrás observar a tu alrededor sigues estando en el bosque, en mi bosque, el bosque al cual decidiste perseguirme junto con toda tu manadita de monitos. Dime, ¿Que es esa porquería del campamento Richmond? ¿Es que acaso no se dejan de molestar? - Dijo mientras sacaba de su muslera un cuchillo muy al estilo de asado con mango de hueso.

- Hoy traje este cuchillo porque algo me decía que quizás cortarían una gran presa y para ser totalmente sincero ese sueño que tuve fue como un mensaje divino de Dios, que me decía que yo sería su lanza justiciera. Y míranos ahora. Yo aquí en mi lugar preferido junto a una buena presa al cual muchas veces quise sacarle las tripas- Dijo mientras sonreía de manera irónica y remojaba el filo del cuchillo en el charco como para quitarle la suciedad.

Carlos trató de desatarse y balbuceaba, pero no se le podía entender nada. Se sentía con náuseas y con presión en la cabeza. Tal era su miedo que empezaba a tener ganas de vomitar.

Jorge lo observó mientras se ponía de pie con aspecto pensativo.

- Sí que eres una niña. Hoy en día los crían como unas muñequitas. ¿Sabes? No te escucho nada, así que te quitare la venda a ver si dices algo inteligible. - Dijo mientras sacaba la mordaza de Carlos.

Carlos, al ya no sentir el sabor salado de su propio sudor impregnando la sucia mordaza, empezó a gritar.

- ¡Ayuda, ayuda, por favor! ¡Que alguien me ayude! - Gritó mientras lloraba.

- Si, vamos, pedazo de imbécil, grita más fuerte. ¿Acaso no viste nunca películas de terror, donde mientras más gritan menos los escuchan? Sí que te falta materia gris. - Dijo Jorge mientras sostenía los pies de Carlos con una mano.

- Señor, por favor, no lo conozco. ¿Por qué me hace esto? ¿Qué hice? Por favor déjeme ir. - Dijo Carlos mientras lloraba invadido del pavor.

- Para burlarte todos los días del vigilante de la escuela si eres machito, pero ahora ya hasta chillas como cerdo. - Dijo Jorge, poniendo su pie izquierdo en los treinta centímetros de cuerda que separaban las manos de Carlos, mientras observaba el cielo.

Carlos recordó quien era al final ese hombre y abrió los ojos con gran sorpresa y entendiendo todo lo que estaba sucediendo.

- Señor Jorge, discúlpeme, por favor. Solo estaba bromeando, por favor discúlpeme. ¡Discúlpeme! - Gritaba entre llantos.

- Si, grita un poco más a ver si así termina de llegar la lluvia. Es buena para ahogar palabras. -Dijo mientras reía. - ¿Entiendes? Es buena para.... Bah tu cerebritito no entendería. -

Al caer las primeras gotas de lluvia, Carlos miró con pavor el cuchillo bamboleándose del brazo derecho de Jorge, y de repente sintió un profundo dolor en sus entrañas. Al mirar hacia su abdomen, la imagen hizo que vomitara. Sus tripas estaban saliendo de su estómago. Jorge estaba abriéndolo como una maleta, poco a poco.

- Lo que más voy a disfrutar de este verano es la cantidad de presas que voy a tener en ese Richmond - Dijo Jorge, mientras metía sus corpulentas manos en el estómago de su presa y empezaba a sacar intestinos, luego estómago y por último el corazón.

Al bajar la lluvia y dar paso poco a poco al sol veraniego, se podía observar al lado del cuerpo inerte otra cuerda ya preparada para otra presa.

La Trompeta de Dalia,

por Sabrina Gómez Alegre.



La arrastré doce cuerdas y media. La pasé por las ramas secas y las ramas mojadas, el asfalto tibio y el asfalto charco, la arena húmeda, las hojas crujientes y quebradas, y por toda la basura que en la noche no se ve. Cuando llegué a la puerta, ya no llovía. Mi mano derecha tenía los dedos colorados y adoloridos, el hombro se me había tensado y todavía seguía sin oír bien. Me acuerdo que fue el catorce de diciembre. Me acuerdo porque no podría no acordarme, sólo por eso.

A la mañana siguiente, como por efecto dominó, las cosas estaban todas caídas hacia un costado. Pero ella no estaba toda caída hacia un costado. Ella no estaba directamente. Miré para todos lados, me fijé debajo del escondite por excelencia que es la cama, fui confiado hasta el patio y después de varias vueltas volví a entrar confundido, inspeccioné en cada habitación y en cada pasillo. Después recordé que sólo tengo una habitación y un solo pasillo. Pero mi casa parecía más y más amplia desde que yo me sentía así de pequeño. No la encontré por ningún lado. Una parte de mí se alivió, la otra se alertó, la otra despertó y ahora éramos tres. Y tres partes de mí ya son muchos yo.

En los días como estos, de nubes grises y caras otoñales, que en realidad suceden en un invierno tímido que no se anima a protagonizar del todo la decoración ambiental, me gusta desayunar mucho. Igual siempre me gusta desayunar mucho. Pero en los días así me gusta un nivel más de mucho. Como un mucho imperceptible que flota sobre mí y me dice que por ahí es mejor que por allá. Con esta lógica, suelo ir a lo de Dalia. Un lugarcito atemporal, un espacio en el tiempo, un hueco en la penumbra, colmado de colores y sabores que en otros sitios podrían considerarse simples y ajenos a sí mismos. En cambio, acá son, en su propia esencia, una versión mejorada de lo que nunca llegaron a ser. Como un

final alternativo de un romance a medias. Me gusta a menudo mejorar las cosas. Las cosas que son mejores que otras. Y lo mejor de todas las cosas. Me gusta el desplazamiento, que es como una continua danza entre las cosas. También me gusta la aspiración a subir. Por eso siempre pido la mesa trece, que está en el balcón del tercer piso. Tiene una vista muy bonita del tiempo. Ahí arriba es donde nos sirve Dalia. Nos deleita con sus exquisiteces. Me resulta muy interesante que esté tan obsesionada con una flor, el floripondio, o trompeta de ángel o trompeta del diablo. Casi todo lo decora con esa temática. Es una mujer increíble, y aunque nunca se lo llegue a decir, sé que sabe que subo hasta el tercer piso sólo para estarle cerca. Y qué mejor que la dulzura después de tanto arrastre.

Mi vida hasta ese día transcurrió como todas mis otras vidas lo habrán hecho. Crecí en un determinado lugar. Después crecí un poco más en un lugar no tan determinado. Llegué a comprender las cosas del mundo, pero nunca del todo. Entendí que no entender era parte, así que ahí crecí un poco más. Fui perseguido por responsabilidades y tareas de piernas largas que cada vez eran más altas y pesadas y mientras me acosaban, me di cuenta de que había llegado al tope del crecimiento. Del tope del crecimiento volví a cuestionarme todo, un poco más y terminé enojándome con la vida. Como fui ignorado totalmente por ella, pegué la vuelta derechito derechito hacia lo que yo consideraba libertad. Llegué hasta el punto en el que había crecido, pero no tanto. Decidí instalarme ahí un buen rato, para no morirme de realidad. Y me quedé en ese lugar, donde aún permanezco. Compartiendo mis días con mis otras versiones, haciendo de cuenta que no sé que sé que en el fondo y también en la superficie, la mentira es la verdad.

Aunque mi vida hasta ese último desayuno no era un final, sino una transición, se sentía como tal. Ahora me tocaba ir para otro lado. Pero hace muchos desayunos que no me iba a un lugar que no conozco. Casi con precisión quirúrgica, había

logrado encajar cada pieza y callar cada grito como para continuar siempre así. Sin embargo, ni las soluciones se salvan de ser un problema. Me esperaba algo del otro lado del umbral: la verdad de todas mis mentiras haciendo fila para entrar.

Esta comodidad como costumbre, fue un pacto que hice conmigo. Vivir de lo que alguna vez trabajé, disfrutar por todas las veces que no lo hice, no salirme de la raya, no confiar en lo desconocido, hacer que las cosas sean como yo quiera, fingir que lo más valioso es el tiempo y honrarlo haciendo tiempo, justamente. Desde la noche llegando a casa, hasta los desayunos en lo de Dalia, para volver a casa de nuevo pero con Dalia reposando por mí. Y así por unas varias veces. No sé cuántas, acá no se permite contar. O ya me habré olvidado cómo, quizás. Pero esta vida circular nunca me pareció tan mala, más de una vez me admiré por tanto aguante de mi parte. Ya no es divertido como antes pero todavía no me canso. Mi vida es un mientras tanto y no me molesta.

- ¿Qué te tiene tan entretenido? - preguntó Dalia.

- La vida y sus cosas - respondí.

- ¿A qué te referís? -

-No sé cómo no me pareció raro hasta hoy que siga siendo 14 de diciembre. Que todo arranque a la noche, en vez de a la mañana. Que siempre vuelvas a estar acá, aunque te haya dejado en casa - respondí con la mirada fija en el suelo

- ¿Otra vez con eso? ¿No te parece demasiado tiempo invertido en tratar de entender?

- Ya no sé qué es demasiado tiempo Dalia. No me acuerdo de nada que no sea esto que estoy viendo. Ni siquiera sé si ayer me preguntaste lo mismo. Bueno, hoy. No sé.

- ¿Qué vas a pedir hoy? - preguntó como si no hubiese escuchado nada de lo anterior.

- Lo mismo de siempre - dije observando mi reflejo en el charco de sangre que Dalia siempre dejaba al andar.

- Hoy hay una promoción que inclu... - se interrumpió a sí misma - No, hoy no hay más promociones - dijo mirándome a los ojos. Comprendí que nuestro silencio albergaba algo más que una simple pausa.

-Se ve que ya no me van a dejar mentir más, ¿no? - le pregunté casi pidiéndole tregua.

-Pero Juan, nunca te dejaron mentir. Esta es tu verdad - sonrió despiadadamente mientras se acercaba a mí y continuó - Se te terminó el círculo - susurró, soltando un ramo de floripondios blancos sobre mis pies.

No llegué a agradecerle por todo ese tiempo. Otra vez no llegué a decirle lo que sentía. Tampoco llegué a mejorarla de nuevo. A quitarle lo único que me molestaba de ella: su demasiada vida. Para ver qué pasaba nomás. Pero no llegué. Me arrastraron hasta el horizonte y como en un galope empedernido en sacudirme, aterricé en mis propias trizas. Un pedazo de mí me hablaba en voz baja y me reclamaba haberlo abandonado. No sé bien qué parte era, pero me resultaba insoportable. Miré a mi alrededor y me pregunté dónde estaba. Aunque ya sabía la respuesta, tenía ganas de fingir sorpresa. Después de todo, no sé por cuánto tiempo me salteé esta parte. Me di cuenta de que la estadía sería distinta. Desde la bienvenida pude notar que no existía ni un poco de interés en mi persona. "Me puedo acostumbrar", me traté de convencer. Me molesta que me digan que no o que no me presten atención. No me gusta vivir en un lugar grande, cuando lo más grande de un lugar debería ser yo. Detesto el desorden a menos que yo lo haga. Y este lugar ya me empezaba a molestar en demasía. En medio de mi reflexión asidua, un terremoto en el espinazo me despertó. Mis pupilas se

sentían pesadas y escamosas, y todo lo que estaba arriba, de golpe se iba para abajo. Un vaporcito demasiado lento, volaba cerca mío. Primero me mostraba objetos, después el vapor era mayor y lo que veía en él, más nítido. Aparecían caras desconocidas y aparecía yo. El vapor se hizo niebla. El lugar se llamó al silencio. Mis partes se pusieron en su lugar. Y reviví un recuerdo. Algo que había estado guardando con suma cautela. Ya sabía mi edad, mi contexto. Recordé a esas personas. Recordé lo que me hicieron, lo que yo me dejaba hacer. Mis piernas empezaron a temblar. Solitas, yo no les dije nada. La cabeza me daba vueltas, literalmente. Todo era borroso y absurdo. Sentía bronca espiritual y dolor físico. La fatiga me envolvía y yo me hacía todavía más pequeño. Mi propio ser me quedaba grande. Pero después de un rato, todo paró. Mi nuca empezó a vomitar y yo comencé a llorar por el pecho. No quería, me sentía débil, pero no lo pude evitar. La vergüenza me invadió completamente, así que me levanté y corrí. Lo único que pensaba era que tenía que salir de ahí.

Cuando llegué a la cripta, me metí. Pero no estaba solo. Todos mis miedos respiraban conmigo. Se asustaban solos, de mí, entre ellos. Me asustaban a mí por las dudas. Y yo me asustaba de todo. Del mismo hecho de sentir miedo también. Caminé con ellos hasta un túnel. Todo era marrón y color nostalgia. Las serpientes dormitaban en un hueco movedizo. Un árbol con forma de arco, me pedía que lo tale. Yo lo escuchaba, aunque no sabía si era él. Sólo escuchaba una voz antigua cada vez que lo miraba. Avancé con mis miedos convertidos en mi sombra. Llegué al final del túnel y ahí estaba yo otra vez. Mirando a las serpientes, preguntándome si el que me hablaba era el árbol, siendo perseguido por mi nueva sombra. Me di vuelta y ahí estaba yo otra vez. Dándome vuelta, viendo que me daba vuelta, viendo que me daba vuelta. Todo se repetía y yo lo podía ver. Más allá de lo angustiante que era, en realidad, lo peor era la sed. Creo que es peor sentir angustia con sed. Decidí que saldría de ese lugar y cuando estuve a punto de intentarlo, me metí en otro recuerdo. Esta vez tenía más colores y yo era muy chico. No era algo triste, lo que lo hacía triste era justamente eso. Mi madre en la cocina, llorando a carcajadas sobre los platos

porque al fin había encontrado el valor de matarlo. A él. Y yo la había ayudado. Era algo bueno, algo feliz, ¿no? Aunque yo lo recordaba mejor. Mi madre, que pocas veces volví a ver después, ahí se veía como una flor. Me pregunté instantáneamente cómo se vería ahora. Pero luego recordé que mi “ahora” ya no existe. Con mis ojos llenos de memoria, comencé a pegar puñetazos y patadas al aire. Me golpeé a mí y al suelo. Pero el suelo era el cielo y viceversa. Y nada de lo que golpeaba era en verdad golpeado. Todo seguía ahí. Todo menos yo, que estaba constantemente en todas partes en todo momento. Cuando se esfumó ese recuerdo, ya no estaba en el túnel.

No pasó mucho tiempo desde mi llegada y yo ya estaba en la oscuridad. No había tenido que pasar por tanto para llegar a ella. Sentía mi piel grasosa pero fría. Y como electricidad a mi alrededor. Pero yo también estaba en otras partes porque estaba dividido. Así que no sabía bien cuál era mi alrededor. Fuera de mí o de lo poco que quedaba de eso, había algo. No quise avanzar, me quedé quieto. Total, era lo mismo. No sentía miedo. Estaba enojado. No creía merecer todo eso. Tampoco me daban tiempo de procesarlo. Esperé lo que fuera que tuviese que venir, pero eso nunca llegó. Solo había humedad y el tiempo estaba como detenido. Yo me sentía viejo en un sentido diferente. Como antecesor a mí mismo. Poco a poco fui dándome cuenta de que sí podía ver. Mis ojos se ajustaron a la oscuridad y me parecía reconocer cosas. Primero vi una casa vieja, después una casa nueva, después un terreno en construcción, después una familia en construcción, después una habitación, después nada. Hasta que reconocí la silueta de un bebé. Llorando, pero en mudo, sin emitir ningún tipo de sonido, pero aun así llorando desgarradoramente. Y al instante otro, y luego otro. Después muchos muchos más. Todos me resultaban familiares. Pero no los pude reconocer. Hasta que apareció mi hermano mayor. Cuando se acercó a uno de los bebés y empezó a asfixiarlo con la almohada, no pude seguir respirando. Así entendí que era yo. Pero no era un recuerdo consciente. Sin embargo, lo recordé todo muy bien. Las manos de su padre sujetándolo y riéndose, él temblando de

miedo, pero aliviado de que no existiese represalia. Yo llorando sin sonido, todavía.

No sé decir cuánto tiempo pasó, pero me quedé ahí más de lo que me quedé en los otros lugares. “Alguna vez Dalia fue un bebé” pensé en voz baja mientras escondía mis manos en mis axilas y raspaba mi cabeza con mis rodillas. Si lo pensamos así, yo pude haber sido la Dalia de mi hermano. Si el padre de mi hermano no lo hubiese frenado, ¿Dalia seguiría viva? Un fuerte vendaval interrumpió mi pensamiento. De golpe se escuchaban muchas voces. Esas voces se convirtieron en graznidos. Las bocinas se hacían poco a poco silbidos. Silbidos de animales, no de personas. En realidad, no había personas. Ni siquiera yo era una. El bullicio se hacía cada vez más lejano. Todo parecía estar a punto de explotar. Algo fuera de mi alcance iba a suceder. De repente pude ver. Corrí hacia un puente y me tiré. Pero no había agua. Había piel. Piel de cosas, de animales, de personas. Cáscaras de gente, de frutas y de anfibios. Ropa sucia de masacres. Máscaras demasiado realistas. Mugre y tos. En medio de toda esa basura, algo me atrapó. No llegué a ver qué era, pero se metió en mí. Llegó hasta mis intestinos y comenzó a jugar con ellos. Los retorció, los trenzó, los anudó, los exprimió, los estrujó a gusto. Yo me deshacía del dolor y como ya no tenía voz, mi llanto no se oía. Cuando la tortura terminó, hice fuerza para salir. Subí, casi con los ojos cerrados a algún lugar que se sentía distinto. Cuando puse un pie en el suelo, lo percibí acogedor. Abrí bien los ojos y noté que era casa. Estaba de nuevo en mi casa. Y todo estaba en su lugar. Las carpetas de información, las fichas técnicas, las fotos, los libros, la ropa mía, la de ellas, las copas, los vidrios, los espejos rotos, los espejos sanos. Me fui a mirar a mi favorito, el del baño. Un espejo enorme y bien iluminado. Pero al llegar, me di cuenta de que todo estaba en su lugar menos yo. Me miré por unos segundos con detalle y no pude creer lo que veía. Ya no tenía cuerpo. Era sólo una masa de huesos salidos, conectados a mi carne. Carne roja y tostada, quemada y cruda. Con pedazos de lo que había sido mi piel, grasosa y derretida, áspera y gris. Mis muñecas quebradas, mi mano derecha sin dedos. Mis ojos en el cuello, como un repulgue desprolijo de piel

invertida y pestañas rociadas de sangre oscura. Todos los nudos en lo que antes fue mi panza. Mis piernas oblicuas, y en bucle, casi a modo de accesorio. Pezuñas en espiral colgando de alguna espalda. Mi boca desubicada, aguantando en la nuca. Atada como un globo, sin ningún tipo de utilidad. Quise moverme, arreglarme un poco, pero no pude. Al intentarlo, todo se corría de mí. Mi cuerpo se corría de mí. La piel se corría de la carne. La carne se alejaba del hueso. Mi conciencia intentaba huir de esto. El espíritu ya me había abandonado. Todo se hacía peor. Noté como poco a poco me derretía. Y ahí entendí que ese sería mi fin. Quise arrepentirme de las cosas por un instante, pero después me enojé conmigo mismo por eso y no me lo permití. Nada había sido mi culpa. "Lo hice bien, hice lo que pude", pensé. Con esa mezcla de mediocridad grotesca y conformismo pesimista, me quedé esperando algún tipo de final. Todo lo que quedaba de mí se derretía conmigo. Incluso mi sombra, que jamás paró de seguirme. Todo parecía terminar hasta que escuché una voz. Y con esa voz, se tropezó el mundo.

- ¡Juan Cruz! - exclamó una mujer. - Parece que se despierta - comentó bajito - Juan Cruz, ¿me escuchás?

Quise hablar, pero no pude. Ya no estaba más en ese lugar. Estaba acostado, pero no sentía casi ninguna parte del cuerpo. Y las que sentía, dolían demasiado. Tenía la boca como dormida, sellada, aunque estaba abierta. Escuchaba mal. Las voces parecían estar enlatadas o bajo un agua espesa.

- Todavía tiene fiebre - agregó un hombre a mi derecha

Yo sólo podía ver. Apenas respirar. No me podía acordar de casi nada. Todo parecía un constante sueño. Sueño, sueño, sueño. Tenía mucho sueño en esa pesadilla. Hasta que miré hacia donde estaba esa mujer y vi que al lado suyo había un ramo enorme de floripondios blancos. Y ahí recordé todo. Mi castigo nunca fue el círculo repetitivo de aquel día, o un sinfín de torturas macabras que durasen una eternidad. Mi castigo en realidad, fue volver a vivir. Mi vida.

- ¿Ya llamaste? Porque no vino nadie hasta ahora - sugirió la mujer
- ¿No te enteraste del caso? - preguntó el hombre
- ¿De qué caso hablás?
- Tiene un solo familiar. Su madre. Ya me dijo que hasta que no se resuelva el caso de Dalia, no piensa ni acercarse a él - suspiró - Al cuerpo lo arrastraron hasta su casa - agregó señalándome con la cabeza
- Pero... ¿y a él qué le pasó? - interrogó totalmente entrecortada
- Ni idea, yo llegué hace un rato. Cuando vuelva Moni, preguntale. El tema es que...
- hizo una breve pausa. - Parece que se lo provocó él solo. - comentó casi en susurro.

Mi suerte en estado vegetativo. Mi cuerpo inmóvil. Mi vida arruinada. Los floripondios apuntando al cielo. Casi gritando por mí. En realidad yo quería aclarar que jamás me haría esto solo. Que no sólo es imposible, sino que no tendría motivo alguno. Pero para ser sincero, no recuerdo nada. Y ni siquiera estoy seguro de haber pasado por lo que pasé. O qué parte de lo que viví fue real. O de si estoy realmente vivo. Así que aprovechando el hecho de que no puedo hablar, me quedé así, en silente llanto. Sigo así. Como perpetuo, estatio, precipicio de mí. Sólo me queda luchar todo lo que pueda con esta desesperación y tratar de hacerla finita. Aunque sigo creyendo que todo es culpa de Dalia. Si ella no se hubiera muerto tan fácil, yo no tendría que morir tan difícil.

Sabrina Gómez Alegre

Metafórica. Metamórfica. Meteorita.

Huésped,

por "K".



No es una pared muy alta. O por lo menos, en cada sueño, se le hace fácil trepar. Desde arriba le extiende la mano a su hermanito.

El pozo y su abismo les llama la atención. Más que nada, la forma en que les devuelve sus gritos.

Cada uno pronuncia a viva voz el nombre del otro. Y esperan. Sonríen expectantes, mientras desde esa insondable oscuridad, otras voces también los llaman. Pero es solo un rato.

En ese instante en que el día se deja agonizar sobre poniente en un carmesí cansado, los últimos trazos de luz se cuelan entre las agujas de los pinos, llegando hasta ellos como finas estelas de esperanza, robándose su atención.

Los hipnotiza.

Ríen, a carcajadas.

Saltan, de la alegría.

Vuelven a gritar, esta vez al viento.

Se sueltan un instante de la mano.

Ninguno escucha el crujido a sus espaldas.

En los sueños aún puede reír, al menos un poco, antes de despertar.

-Callate ya, pelotuda, no ves que...- el ruido seco, plano y estéril de una cachetada se encarga de culminar la frase.

-¿Estás bien, nena?- pregunta su mamá a los gritos desde la cocina.

-¡Siii, maa! Estaba mandando un audio.-

El celular, inerte y desoxigenado en el fondo del inodoro, promete no delatarla en su mentira.

Respira. Entrecortado.

Una gota de sangre ha dado un salto halo, estrellándose en la pileta y continuando su carrera hasta el fondo, como huyendo asustada de aquel lugar.

Al principio no la nota, confundida, algo mareada todavía por el golpe. Así que cuando ve el rastro ferroso que ha marcado el lavamanos, se sobresalta, se tantea y, arrepintiéndose en el acto, mira en el espejo.

Una línea no muy larga, carmesí, le atraviesa la piel blanca de la cara como una estrella fugaz en el cielo de una mañana... o como un meteorito, incinerándose en la atmósfera de una luna deshabitada.

Está sola.

Vuelve a contemplar la sangre, se incomoda. Trata de limpiarla rápido con la mano, apurada, pero sin abrir el agua, solo consigue crear un retrato abstracto, gesticuloso, hediondo, abiertamente interpretable.

- ¿Viste que sos una tarada, imbécil? -

Vuelve a levantar la vista.

Ahora, a la marca roja la atraviesa en perpendicular un hilo transparente de agua salada. Lo sabe porque se le cuelga entre los labios y sus dientes.

Sigue sola, desnuda. Paralizada, mientras observa de repente como de aquel rasguño comienzan a brotar varios filamentos irregulares. Hebras anélicas que buscan con desesperación dónde aferrarse... y terminan agarrándose a su mejilla. Se extienden alrededor de su piel en una red verdosa, tibia y supurante.

Bajos sus dedos, que aún siente manchados y pegajosos, el lavamanos se sacude. Ella tiembla. Y al intentar afirmarse, su mirada borrosa solo encuentra un pozo. Ese pozo. Uno de esos aljibes antiguos, que había en el patio trasero de aquella cabaña en el bosque, donde fueron a vacacionar hace casi cinco años. No puede recordar nada de aquel verano. Ni las risas, ni el arroyo, ni los mates. Solo puede seguir palpando cada día, en carne viva, la piedra babosa, pero a la vez afilada de

aquel puto pozo; el grito ronco de su hermano que se fue apagando mientras descendía en un segundo; y ese moho maloliente trepándole entre las uñas. Todo picaba, todo dolía, sobre la piel y por dentro. Algo la fue corroyendo, hasta llegar a su sangre.

El baño, el pozo. Alternan su aparición espectral en una visión que le taladra la cabeza.

La garganta se le cierra, como siempre. Ha aprendido a no gritar.

Un golpe en la puerta la trae de vuelta.

Abre hasta el fondo la canilla de la caliente y deja que el agua casi hirviendo le salpique en la cara y que el vapor, lentamente, empañe por completo el espejo.

Camina con las zancadas más largas que le permiten su viejos jeans gastados. No se da cuenta, pero va de una orilla a la otra de la vereda, recitando un <<permiso>> de memoria, con un murmullo.

Cabeza gacha, siempre. Capucha ya manchada de sudor. Se estira los puños cada dos pasos, intentando que nadie vea el musgo asqueroso que lleva pegado en los dedos.

<<Otra vez te rasguñaste dormida>> le había dicho con una sonrisa su mamá al verla salir del baño. No le contestó. Prefirió la seguridad del silencio y esconder el rostro. Ella nunca se daba cuenta, no lo veía, aunque debía de ser algo obvio. Nadie parecía saberlo. Mejor. Aun así, tenía cuidado. Lo escondía, lo tapaba bien, lo callaba. No fuera cosa que...

Se lo contó una vez a una compañera en el recreo. Fue el chisme que más bajito contó en su vida. Fue el último secreto que compartió. La risa de aquella 'amiga' y la del resto de todo el curso después, fue una lección muy clara sobre lo valioso del silencio.

En el apuro de sus recuerdos, choca a una anciana que tiraba con lentitud de un carrito con frutas.

- Di-disculpé, madre. No... No la vi- tartamudea con dulzura mientras le ayuda a recoger lo desparramado. La pelusa de un durazno le pone la piel de gallina.

- ¡No se haga drama, hija! Yo también ando por el medio- la viejita solo se ríe y le busca la cara tras la penumbra de la capucha.

- Pelotuda de mierda- se escucha con una voz gutural. No era para la pobre señora, pero a ella le llegó.

De repente se encuentran por fin las miradas. Nota el horror en cada gesto de aquella mujer que le recuerda a su abuela. Los viejos tienen un sexto sentido. Lo siente. Siente esos ojos cristalinos recorriendo cada corte, cada mancha y cicatriz. Siente el asco y el desprecio.

Vuelve a cerrar la garganta, para que no se escape más podredumbre; y los ojos, para abortar cualquier otra lágrima.

Escapa de allí sin mirar atrás.

- ¿Viste que siempre salís corriendo, pedazo de mariconas? -

Se resigna a soltar los puños para poder taparse los oídos.

Corre sola.

Corre con la vista otra vez nublada, clavada en el piso. Que lentamente va pasando del mosaico y el cemento a la gravilla y la hierba propia de un sendero de bosque. Ese bosque. Y ese mismo sendero que se le fue marcando en el fondo de los ojos como con un hierro candente, mientras corría. Mientras se alejaba cuanto podía de aquel hueco abierto en la tierra, desde donde su hermano gritaba pidiendo ayuda. Cada grito quedó vibrando para siempre en sus tímpanos y en el alma. Había sido su culpa.

Ella lo había invitado jugar.

Ella lo había desafiado a desfilarse por el borde.

Ella sí había saltado a tiempo, antes de que todo se desmoronara.

Aquella vez, sus pasos se sucedieron unos tras otros, autómatas, hasta colapsar bajo la cama. Allí contempló bien el musgo verde en su piel, penetrando en cada corte. Allí abajo entendió por primera vez, que jamás se iría. Le ardía. Dolía. Pero no gritó. Se ahogaba, sintió que el pecho le implosionaba, pero no pidió ayuda. El niño en el fondo del pozo la necesitaba más.

La tuvo.

Tres horas después.

Demasiado tarde.

Los rayos del sol del ocaso llegan ya sin calor a lo alto del edificio. Tampoco el olor o los sonidos de la ciudad logran trepar hasta allí.

En el medio del suelo de la azotea, entre caños de aguas y motores de aire acondicionado, descansan una campera que parece muy pequeña, con los puños carcomidos; una remera manchada de sangre y transpiración; unos corpiños de flores y corazones, que se agitan, como queriendo volar con el viento; un frasco de pastillas antidepresivas, desparramadas por el cemento.

En la cornisa, una joven casi niña intenta olvidarse de todo por un ratito, incluso del equilibrio.

- Aaaaah, bueee. Ahora la señorita se quiere matar. Muy bieeeeeeen. ¿no te bastó con cagarles la vida a tus viejos una vez? Obviamente que no, egoísta de mierda. -

- Dale. Saltá si sos tan valiente. Saltá, así dejás de llamar la atención de una puta vez. -

Sus manos presionan su pecho. Es una costumbre, un reflejo. Porque en realidad no espera sentir nada. Hace mucho descubrió la ausencia de sus latidos. Aquel torso desnudo no es más que una carcasa hueca, vacía. Y con apenas una sonrisa,

una imperceptible curva en la comisura de sus labios, piensa que quizá ya es tan liviana, que en el aire, podría llegar a flotar. Volar. Ser libre.

Podría ser el atardecer más bonito.

- HIJA DE PUTA- un golpe la desestabiliza. Otra vez en su cara, pero esta vez una piña. Tambalea. Respira el abismo. Pero unos dedos podridos, casi morados, la obligan a aferrarse al borde, y luego le clavan sus amarillentas uñas en la base de la nuca, haciéndola caer hacia el lado seguro. Salvándola. El ardor allí en su cuello la marea. Solo intenta respirar. Pero entonces comienza una seguidilla de golpes de puño en su cráneo, en su frente, en las sienes. Todo el aire a su alrededor desaparece. Se arrastra. Un zombie buscando por instinto una vida que perdió hace rato.

Grita.

En la cima de aquel edificio, el más alto, grita.

Pero no hay altura suficiente que la aleje de la profundidad de aquel pozo.

Grita.

Como debió gritar por ayuda.

Grita.

Desnuda, sangrando, herida.

Grita.

Con un monstruo recorriendo y carcomiéndole cada putísima vena, cada músculo, cada neurona.

Grita.

Pero justo ese ahí, justo ese día, allá arriba, nadie la puede escuchar.

“K”

**El Narval de Papel es un taller literario, una revista antológica
y una comunidad de amantes de la literatura.**

Inscripciones abiertas todo el año.

Visita nuestra página web para saber más.



El Narval de Papel

Quinta edición – Marzo 2023